

cual se encontraba dividido en tres distintas facciones políticas, una representada por Lerdo, otra por Iglesias y una tercera por el General Díaz.

Iglesias se dirigió á la parte norte de la República donde lanzó varias proclamas manifestando que él era el presidente legítimo, pero sin preocuparse en lo más mínimo de poner remedio alguno á las dificultades de la situación, ni de calmar las animosidades que dividían á los partidos políticos.

Después de una terrible y encarnizada batalla que duró varias horas, Díaz derrotó á las fuerzas lerdistas en Tecoaac el 16 de Noviembre de 1876 y Lerdo se vió precisado á huir á los Estados Unidos.

Puebla se rindió sin lucha alguna al caudillo victorioso, quien inmediatamente marchó á la capital de la República y asumió el puesto de presidente provisional el 28 de Noviembre de 1876.

Dejando á Méndez en su lugar á la cabeza del gobierno, Díaz marchó contra Iglesias con un ejército de 3,000 hombres; pero el último, después de ofrecer débil resistencia, huyó al puerto de Manzanillo y allí se embarcó para los Estados Unidos.

De este modo cayó el gobierno de Lerdo, debido únicamente á su debilidad y á su inhabilidad para darse cuenta de las necesidades de la situación, y terminaron las ambiciones de Iglesias á la presidencia de la República. Y con la desaparición de estos dos hombres de la escena política, comenzó la era de paz y progreso que ha colocado á México en primer rango entre las naciones latino-americanas.

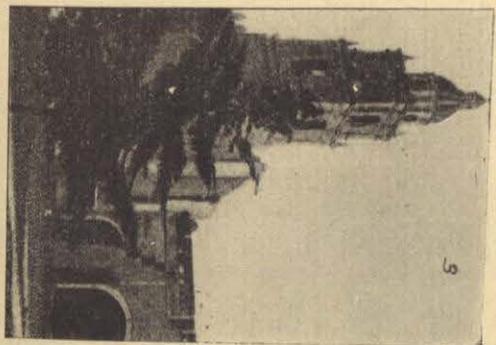
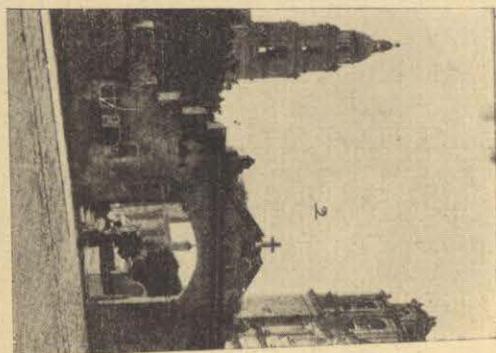
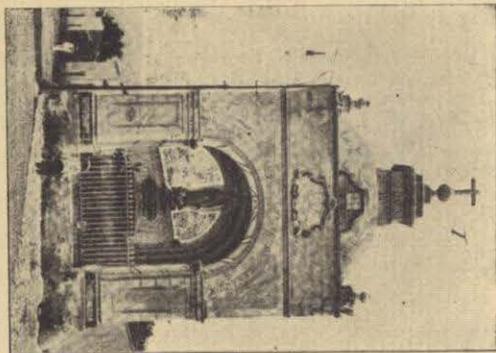
## CAPITULO XLI.

### El Caciquismo.

Las razas indígenas que en la actualidad pueblan México, tienen tras sí muchos siglos de civilización. Por consiguiente, se adaptan bien á la vida de las sociedades civilizadas; son de hábitos sociales, comerciantes por naturaleza, de temperamento artístico, generosos, patriotas, pacientes, más industriosos de lo que su vida pasada pudiera hacerle á uno esperar, son artesanos por naturaleza y cuando se les dan las ventajas de una buena educación, resultan muy inteligentes. Estas son cualidades que hacen á las naciones grandes y libres. Pero sin embargo, por muchas cualidades de vida civilizada que pueda tener una nación, no llega á adquirir independencia y libertad política, sin haber pasado antes por el crisol que prueba el verdadero oro. La libertad consiste más en el carácter de un pueblo, que en su independencia del control de otra nación. Un pueblo para llegar á ser libre, debe hacer á un lado la ignorancia, la superstición y la estrechez de ideas. Debe aprender á conocer cuáles son sus derechos y cómo ejecutarlos y defenderlos. Debe pensar por sí mismo y no entregarse en manos de agitadores, de políticos que trabajan por su cuenta y de soldados de fortuna llenos de egoísmo y ambición, como desgraciadamente ha hecho el pueblo de México con mucha frecuencia en su historia pasada. Si un país es débil en las cualidades que hemos indicado, no se puede considerar en ningún sentido libre, porque es esclavo de su misma debilidad. Es como un buque sin capitán en alta mar, y en el cual todos los marinos disputan por obtener el mando del mismo: sigue su camino sin una inteligencia que lo gobierne y el destino de su viaje se ignora; se vé obligado á seguir por donde el capricho del que por el momento lo dirija, quiera llevar-

lo: y afortunado será, si aparece alguno entre los marineros más fuerte que los demás, y toma el mando con el deseo honrado y leal de procurar el bienestar de la tripulación y de los pasajeros y la seguridad del cargo, hasta conducirlo al puerto de su destino con felicidad.

México, en lo político y en lo social, ha sido muy afortunado por un lado y muy desafortunado por otro. Ha sido afortunado en cuanto á que su desarrollo social y político comenzó hace muchísimos años y ha continuado hasta el presente. Y también ha sido afortunado en cuanto que produjo, allá en los tiempos prehistóricos, grandes caudillos y pensadores, que tuvo vida de gran actividad, y que siempre continuó progresando por el camino del desarrollo de la raza. Pero ha sido bastante desafortunado en cuanto á que su progreso político ha sido retrasado y desorientado por el caciquismo, por gobiernos arbitrarios y abusos políticos; y en cuanto á que no se les ha permitido á las masas del pueblo pensar y discurrir por sí mismas y han sido dejadas en la ignorancia, en la superstición y en el vasallage á la jerarquía y á la nobleza. El progreso efectivo de México en el pasado fué en la vida industrial, comercial, científica y artística. Políticamente había hecho muy pocos progresos hácia instituciones libres en la época de la conquista española. Una parte considerable de la nación azteca era entonces mantenida en cautiverio amparado por la ley, y el resto no eran sino esclavos de la voluntad del emperador, de la de los sacerdotes y de unos pocos guerreros nobles. Las libertades políticas eran cosa desconocida en México hasta el tiempo de la independencia del país del dominio español el año de 1821; y aún desde ese tiempo para hoy, no han sido sino poco más que la sombra de un gran nombre, usado para atraerse partidarios por los jefes de partido, que proclamaban principios populares que ó no tenían intención de cumplir, ó les era imposible hacerlo; salvo dos ó tres



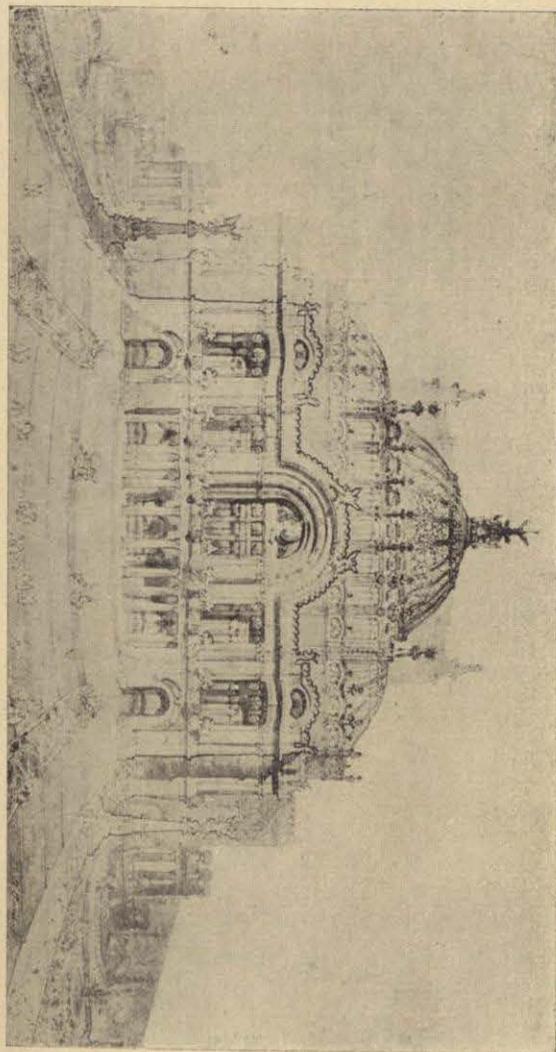
VISTAS DE IGLESIAS, CERRAVACA, MOR.

notables excepciones, entre las cuales una de ellas es el distinguido actual Jefe del Ejecutivo.

Una nación es libre en razón á su capacidad para regular sus pasiones y dirigir la política de sus hombres públicos; y es dependiente en proporción á lo que permita á éstos doblegar su voluntad, y se muestra incapaz de tomar la parte que le corresponde en el gobierno de sí misma. Canadá y Australia, dos países que no son independientes, son más libres que cualquiera de las naciones latino-americanas; y simplemente porque las masas del pueblo están educadas á comprender sus derechos políticos, los cuales saben cómo defender; porque obligan á sus directores políticos á seguir sendas que conducen al bien público; y cada individuo es capaz de discutir con más ó menos inteligencia, los grandes asuntos públicos del día que afectan al país; pues la restricción que el pueblo se impone á sí mismo hace posible que la prensa discuta libremente todo lo que concierne al bien público; y finalmente, porque el pueblo no tiene grandes vicios ni supersticiones arraigadas. Políticamente, un nombre no significa mucho. Es la labor actual del gobierno lo que cuenta; los resultados que obtiene en el adelanto del país y el progreso del pueblo en la senda de la moral, de la intelectualidad, de la industria, de las ciencias, del arte y de la política. Juzgado bajo este punto de vista, México ha adelantado inmensamente durante el último tercio de siglo en todo lo que se refiere al desarrollo nacional. Para apreciar cuán grande ha sido este adelanto, es necesario comprender á fondo las condiciones que existían en el país antes de la administración de Díaz; y esto no puede hacerse sin tener conocimiento de la vida política del pueblo mexicano desde los tiempos en que aparece por primera vez en las páginas de la historia; pues el curso de la evolución marca, tan inexorablemente como el destino, el desarrollo de las naciones; de la misma manera que lo hace con las varias especies, tanto en la vida vegetal como en la vida animal.

Cuando estudiamos la vida política y social del pueblo mexicano, desde los días en que las primeras tribus que registra la historia invadieron el Valle de México y las comarcas circunvecinas, dos hechos se ponen de manifiesto del modo más claro en las narraciones que nos hace la historia, hechos que se destacan uniformemente en todas las leyendas y tradiciones, y que ofuscan todo otro característico de la vida de estos pueblos. Eran turbulentos y agresivos, pero ciegamente consagrados á sus grandes jefes guerreros, quienes pensaban por ellos y disponían, en general, del curso de sus vidas. En otras palabras, las masas del pueblo estaban completamente bajo el dominio de sus jefes militares, quienes eran también sus directores políticos. Pero estos jefes guerreros estaban ellos mismos bajo el dominio de los sacerdotes; no siendo excepción á esta regla, ni aún el mismo rey ó emperador. Una mirada retrospectiva á la historia de las varias tribus que de tiempo en tiempo vinieron al Valle de México, desde que hay memoria ó tradición, dará mucha luz acerca de este asunto.

Cuando los toltecas abandonaron su antigua morada de Huehuetlapallan por el norte de México el año de 544, se dirigieron hacia el sur, bajo el mando del jefe Huemac (el de las manos grandes), que era el sumo sacerdote de las naciones. Pero era aún más: porque era hombre de fuerza prodigiosa y famoso guerrero; era un verdadero Moisés conduciendo á su pueblo á la tierra prometida. Por consiguiente, tenía tanto de profeta como de caudillo, de sacerdote como de guerrero. En los mismos umbrales de la historia y leyenda de las tribus mexicanas, nos encontramos con la influencia todo-poderosa, semi-religiosa y semi-política del sumo sacerdote; y nos sigue por todas las páginas de la historia el brillo fanático de su mirada desde las ruinas de la poderosa ciudad de Tenochtitlán, cuna de las confederaciones de los Nahuas, gloria del imperio azteca y tumba de la dominación de los Moctezumas. Era és-



TEATRO NACIONAL, MÉXICO, D. F.

te el reinado de la superstición, de la fe ciega religiosa y de los esfuerzos continuos para consolidar el poder de los sacerdotes; y ni un solo momento, durante casi un millar de años, deja su influencia de ser el factor dominante en la existencia de las varias tribus de México, que hablaron algún dialecto del idioma náhuatl ó mexicano. Aquí asumimos que los toltecas no fueron sino una rama de los náhuas; pues mientras que todas las otras tribus que visitaron el valle de México, dejaron ahí señales de su permanencia en muchos nombres geográficos, no aparecen absolutamente indicios de esta naturaleza que pudiera haber pertenecido á los toltecas, si hubieran ellos hablado un idioma diferente. Aún los primitivos othomites dejaron abundante evidencia de esa naturaleza, de su residencia en el valle de México y lugares adyacentes; y por todas partes del país los nombres geográficos indican donde vivieron ciertas tribus, ó dónde han residido, aunque sea por corto tiempo, en sus emigraciones de una parte del país á otra.

Los toltecas tardaron 101 años en su larga peregrinación desde sus tierras en el norte á su destino final de Tula, Tulancingo y San Juan Teotihuacán, y durante todo este tiempo estuvieron bajo la autoridad y dirección de sus sacerdotes; y cuando se establecieron al norte del valle de México y eligieron su primer rey, fué bajo la sugestión y siguiendo los consejos del sumo sacerdote. Durante cuatro siglos y medio permanecieron los toltecas en Tula gobernados por reyes despóticos, quienes eran á su turno guiados en la mayor parte de los asuntos por los sacerdotes; que eran los realmente todopoderosos de un extremo á otro del país.

La manera en que los toltecas abandonaron Tula y las comarcas vecinas que les eran tributarias, comarcas todas de lo más rico del Nuevo Mundo, es muy característico de la organización política, social y religiosa de ese pueblo. El hambre y las pla-

gas azotaban al país, y los sacerdotes proclamaron esto como evidencia de la cólera de los dioses, la cual no sería aplacada, decían ellos, hasta que el pueblo tolteca emprendiera de nuevo su emigración hacia el sur. Hubo desavenencia entre las tribus, y algunos de los toltecas se quedaron en el valle de México, donde se reconcentraron huyendo del hambre y de la plaga; pero la gran masa de la nación, fiel á su educación religiosa de muchos siglos, y á la superstición que era el característico más pronunciado de su existencia, siguieron á sus sacerdotes á Campeche, Yucatan y Guatemala. Esta emigración del pueblo tolteca al sur, explica indudablemente la presencia de muchos nombres náhuatlés, en lugares cuyo origen ha sido atribuido á la ocupación de los aztecas en todo el sur del país hasta la frontera de Guatemala.

En esta su peregrinación al sur, los toltecas fueron también guiados por sus sacerdotes, como lo habían sido anteriormente durante su prolongado viaje de un siglo, desde sus tierras de Huehuetlapallan hasta Tulancingo, la nueva patria por que finalmente se habían decidido. Todo lo cual contribuye á la creencia de que ellos tenían, antes de su emigración de los países del norte, la misma organización que tuvieron después en Tula, y que por alguna razón los sacerdotes los condujeron hacia el sur, como después los condujeron á Yucatán y Guatemala, pues cuando creían que la cólera de los dioses descendía sobre el pueblo, la lógica les indicaba que el caudillo que los guiara debía ser el representante en la tierra de las varias divinades que ellos tenían. Y este caudillo no podía ser sino el sacerdote.

Y así vemos siempre pesar sobre la existencia del pueblo tolteca la influencia de una clase sacerdotal supersticiosa y un caciquismo fuertemente atrincherado. De tal modo constituía esta institución parte del pueblo, que no le ha sido posible á la Iglesia católica, á pesar de cuatrocientos años de trabajo asi-



MIEMBROS DE LA LEGISLATURA DEL ESTADO DE HIDALGO.

CAPILLA ALFONSO  
 1880

duo por mejorar espiritual y moralmente al indio, eradicar la influencia que ha quedado de la dominación de los caciques y de los sacerdotes indígenas. El resultado es, que hoy los indios no abandonan por nada ciertas formas y ceremonias enteramente supersticiosas que tuvieron su origen en las formas y ceremonias de la religión tolteca, y más tarde de la religión mexicana ó náhuatl; supersticiones, que no han hecho sino adaptar al nuevo credo religioso que han abrazado.

CAPILLA ALFONSO